



Suscritos

HASTA EL CUELLO

La *Anaconda Digital*
Y EL ARTE DE SOBREVIVIR AL SIGLO XXI

¡PAGO
ACEPTADO!

SUSCRIPCIÓN
RENOVADA

¿Otro
euro
más?

Drive

prime

Orange

HBO

Gmail

NUBE
LLENA

+ Almacenamiento

iCloud
9,99€

Webador

APP

¡Muévete!

¡Presión!

¡Ejercicio
YA!

SUSCRITOS HASTA EL CUELLO

Una sátira luminosa sobre el Imperio de
las Apps

Dicen que la tecnología vino a
simplificar la vida.

Pero un día una persona despierta, mira
el móvil, y descubre que está pagando
cosas que no recuerda haber
contratado.

Una nube que nunca termina de
llenarse.

Un almacenamiento que adelgaza más
rápido que las ganas.

Un antivirus que se renueva solo, como
si fuera inmortal.

Una plataforma de vídeos que ahora
tiene una “versión plus”, y encima una
“plus extra”, porque siempre se puede
pagar un poco más por lo mismo.

Y entonces llega la notificación más temida:

“Su suscripción se renovó automáticamente.”

Esa frase que, sin previo aviso, hace que uno vea estrellas.

Literalmente.

Porque cada pago inesperado es una pequeña constelación nueva en la frente.

Este libro nace ahí:

entre la risa, el hartazgo, la lucidez y el deseo profundo de entender cuándo, cómo y por qué las suscripciones se han convertido en una anaconda silenciosa que nos rodea el cuerpo... apretando cada mes, justo el día uno.

El problema no son las apps.

El problema es la sensación de que ya no somos usuarios, sino inquilinos del mundo digital.

Y no solo pagamos alquiler: también la comunidad, los gastos varios, la luz virtual y la cuota de mantenimiento del algoritmo.

De todo eso trata este minibook.

De admitir que hemos perdido el control, de reírnos un rato, y de recuperar algo que las plataformas jamás podrán cobrarnos:

la claridad, el humor y la libertad interior.

¿Cómo empezó todo sin que nadie lo notara?

El primer error fue inocente.

Una suscripción a un periódico digital
“por un euro el primer mes”.

Luego vino la nube.

Porque las fotos ocupan espacio, los
vídeos ocupan más, y el perro del vecino
que salía borroso también había que
conservarlo.

Después llegó la plataforma de series.

Luego la otra.

Luego la otra que tiene “esa serie que
no está en ninguna otra”.

Y cuando quisimos acordar, estábamos
pagando más cuotas digitales que
facturas físicas.

Internet no había venido a hacernos la vida más fácil.

Había venido a cobrarnos por cada respiro.

Pero lo peor no fue eso.

Lo peor fue la comodidad.

La palabra más peligrosa del siglo XXI.

Todo rápido, todo automático, todo inmediato.

Y como consecuencia:
todo sin darnos cuenta.

En algún momento, el mundo entero firmó un pacto silencioso con las apps.

Ellas nos ofrecen servicios.

Nosotros les ofrecemos la eternidad de nuestros datos y una mensualidad

simbólica que, multiplicada por treinta servicios distintos, equivale al alquiler de un piso pequeño en cualquier capital europea.

Nadie sabe cuándo empezó.

Pero aquí estamos.

Sin memoria, sin espacio de almacenamiento, sin paciencia... y con un número indecente de recibos digitales.

La anaconda: metáfora y realidad

Las suscripciones no atacan de golpe.

No muerden.

No hacen ruido.

Son más elegantes.

Más discretas.

Más... reptilianas.

Una anaconda digital se reconoce así:

Empieza suave.

Aprieta un poquito, muy poquito.

Un eurito por aquí, dos euritos por allá.

“Total, ¿qué es un café menos por
mes?”

Luego crece.

Y ya no es un café, es una merienda, un
menú, un par de zapatos en rebajas.

Un día alguien revisa la cuenta bancaria
y descubre que está pagando:

Una nube.

Dos nubes.

Tres nubes.

Almacenamiento duplicado en
plataformas que nunca usa.

Un videojuego que no recuerda haber
descargado.

Tres apps de astrología.

Cuatro editores de vídeo.

Y una aplicación que insiste en
enseñarle japonés, aunque jamás lo
pidió.

La anaconda aprieta cada mes.

Automáticamente.

Perfectamente.

Sin remordimientos.

Y lo más fascinante es esto:
cuanto más aprieta, menos nos damos
cuenta.

Hasta que un día llega la lucidez.

Y con ella el grito ancestral:

“¿Pero qué demonios estoy pagando?”

El síndrome del pago invisible

Existe un fenómeno psicológico
moderno que merece estudio científico:
el pago invisible.

Funciona así:

No se siente.

No duele.

No molesta.

No avisa.

Solo aparece una línea en la tarjeta, un
mensaje silencioso, una frase que se
repite como mantra:

“Pago aceptado.”

Y como no duele, no importa.

Pero importa.

Y mucho.

Porque el pago invisible no es inocente.

Es el caballo de Troya del capitalismo
digital.

La cuota mínima que entra suave, y
luego se reproduce sola, como una
colonia de conejos virtuales.

La única defensa conocida es revisar las
suscripciones.

Un acto heroico que pocos realizan.

Requiere valor, fuerza, y un café que
esté preparado para sostener lloros.

Revisar las suscripciones es el
equivalente moderno a enfrentarse a
una serpiente dormida.

Nunca se sabe si conviene tocarla.

Pero hay que hacerlo.

El espíritu lo agradece.

El derecho a respirar (también en lo
digital)

Más allá de la sátira, hay algo real y profundo detrás de este minibook:
la necesidad de recuperar una relación sana con la tecnología.

No se trata de huir del mundo moderno, ni de meter el móvil en un cajón y hacerse ermitaño.

No se trata de demonizar lo digital.

Se trata de recordar algo esencial:

La vida no puede ser una colección infinita de pagos automáticos.

La libertad no puede depender de un botón que dice “cancelar suscripción”.

El bienestar no puede reducirse a un almacenamiento que nunca alcanza.

El ser humano necesita espacios
propios.

Silencios.

Instantes sin ruido.

Tiempo sin coste.

Rincones donde la identidad vuelva a
sentirse entera, no fragmentada en
contraseñas.

Porque en un mundo donde todo se
alquila, todo se renueva y todo se
actualiza, hay algo que sigue siendo
nuestro:

la conciencia.

La calma.

La risa.

La capacidad de decir “hasta aquí”.

Y esta sátira, con serpientes digitales incluidas, es un recordatorio de que también en lo virtual tenemos derecho a respirar.

Recomendaciones prácticas para que la anaconda no te devore

Revisar todas las suscripciones una vez al mes.

Sí, da miedo. Pero más miedo da ignorarlas.

Anotar qué plataformas realmente usas.

Sorprenderá la cantidad de cosas que están ahí solo por nostalgia.

No caer en las pruebas gratuitas que piden tarjeta.

La anaconda empieza siempre por ahí.

Vaciar la nube.

No es terapia, pero se siente como si lo fuera.

Elegir solo una plataforma para cada necesidad.

El universo no desaparecerá si tienes solo un editor de fotos.

Respirar.

Es gratis.

De momento.

Y sobre todo:

reírse.

El humor es el único algoritmo que no cobra.

Fin.

© 2026 Marie Pouvet®

*Arte con IA | Prompt y composición
por:*

Marie Pouvet®

Todos los derechos reservados